

Homenaje a Emilio Komar

- por la Dra. Marisa Mosto, Universidad Católica Argentina-
a tres meses de su fallecimiento

2006



Es para mí un honor y una gran responsabilidad expresar ante ustedes estas palabras de homenaje al Dr. Emilio Komar a tres meses de su fallecimiento, palabras que me han sido solicitadas por los miembros del Centro de Estudiantes de Filosofía.

Es muy rara esta situación y es difícil acostumbrarse a su ausencia.

Días atrás estuve en el Instituto de Cultura Religiosa Superior de la calle Rodríguez Peña, donde el Dr. Komar impartiera cursos por más de 30 años, había ido a llevar unos libros y me invadió una profunda nostalgia. El crujir de sus pisos de madera, el aroma del lugar, su escalera de hierro, esos techos altísimos, testigos mudos de tantas historias, ahora siguen estando allí aunque Komar ya no los volverá a atravesar.

Conocí al Dr. Komar en el año 1979, cuando cursaba tercer año de la facultad y él era Titular de Historia de la Filosofía Moderna. Fue el primer y único profesor que me retó en la carrera: -“¡Señorita si vuelve a hablar la echo de la clase!” Me gritó desde su altura con ese vozarrón, haciendo un alto en su discurso y paralizando a mis compañeros y a los numerosos oyentes de todas las edades que venían a sus clases. ¡Qué papelón!

Enmudecí. Enmudecí para toda la cursada, de ese año y de las que le siguieron hasta el día de la fecha.

Dictaba sus clases con gran autoridad y convencimiento y conseguía transmitir la gravedad de ciertos enfoques historiográficos que uno desconocía absolutamente. Nos obligaba además a estudiar historia política, científica, de la religión, del arte y la literatura modernos porque éramos bastante analfabetos en esas cuestiones. Nos grabó a fuego la sentencia acerca de que el pensamiento moderno es *res agitur nobis*, somos hijos de la modernidad. Conocer la modernidad es orientarse en el presente, entender el presente y

adivinar los caminos hacia dónde se desliza el futuro en los que uno puede intervenir y aportar algo nuevo.

Moderna fue verdaderamente interesante. Presentaba a un autor enumeraba las seis, siete, u ocho, -o las que fueran necesarias-, ideas básicas, seminales de su filosofía y se dedicaba a profundizarlas, a ilustrarlas con textos y hacer explícita toda la red de relaciones internas e influencias en otros autores y áreas de la cultura de la época.

Al año siguiente volvió a ser nuestro profesor en Ética y fue fascinante para mí su manera de encarar los temas. El ser humano aparecía como algo muy importante, la persona individual era importante, en definitiva uno era muy importante y lo que hiciera de su vida era tenía un peso insoslayable. Solía citar a Paul Schilder cuando decía: “la verdadera belleza de la vida radica en su carácter profundamente serio e inexorable” (Paul Schilder, *Imagen y apariencia del cuerpo humano*, Bs. As., Paidós, págs. 230/231) y nos hacía gustar toda la belleza de esa tesis.

Salíamos de sus clases con el alma llena de energía, las ideas un poco más claras, con ganas de seguir estudiando y con el deseo de aportar algo a tantos siglos de pensamiento para traer más luz a la vida humana.

En una ocasión visitó la facultad un profesor rosarino, Raúl Echauri, para la época en que Komar era Decano y yo trabajaba en el Centro de Estudiantes, después de la conferencia en una reunión informal con los miembros del Centro, Komar y el profesor rosarino. El azar quiso que me sentara a la mesa al lado de Komar. Siempre fui muy tímida y todo lo que se me ocurría para decirle me parecía una estupidez. Hasta que me animé y le dije: “Doctor yo me quiero dedicar a la ética”, a lo que me contestó: “Señorita Mosto, yo voy a hacer de ud. el mejor champagne.”

Tiempo después le llevé un plan de tesis de licenciatura, *enorme*, y era prácticamente una copia de su programa de ética.

“¡Pero no! ¡Ud. quiere hacer la *opera omnia* de la ética! ¡Desarrolle sólo este punto!” Me ordenó señalando un punto de mi esquema con el dedo índice. Me estaba pidiendo que desarrolle lo que en mi esquema equivalía al punto 6. h. 4: “Los hábitos”. Todo lo que se me ocurría de los hábitos lo podía escribir en una hoja. ¿Cómo iba a desarrollar una *tesis*? Y agregó: “Léase todo lo que hay de Erich Fromm en el mercado y busque si dice algo sobre los hábitos.” En esa época Erich Fromm estaba de moda y vendían sus obras hasta en los quioscos de revistas en el subte. En cualquier librería se encontraban al menos 10 o 15 tomos suyos.

Así comenzó mi peregrinaje de lecturas, transcripciones, encuentros en bares en distintos puntos de la ciudad de Bs. As., en los que Komar pasaba el tiempo entre clase y clase, asistí a una cantidad de sus cursos, en el Instituto de Cultura religiosa de Rodríguez Peña y de San Isidro, en el Instituto de Cultura Hispánica, y en el del Sagrado Corazón. “Pedagogía cordis”, “Libido y concupiscencia”, “Agresividad y temor”, “Voluntad de poder”, “Ditirambos dionisiacos de Nietzsche”, “El amor como don”, “Las heridas de la naturaleza” etc; etc., y conocí a través suyo una cantidad inmensa de autores importantes, como Adorno, Horkheimer, Marcuse, Edith Stein, George Steiner, S. Weil, Nietzsche, Baudrillard, Foucault, Newman, Gramsci, Gentile, Del Noce,

Rosmini, Pieper, Guardini. Llevadas y traídas en auto al seminario de San Isidro, visitas eternas a su casa, transcripción de cantidades de apuntes.

El Dr. Komar dirigió mis dos tesis de licenciatura y la del doctorado. Y yo fui simplemente una de los centenares de alumnos a los que les dio hospitalidad y les permitió entrar en su vida. “Lo que recibes gratuitamente dadlo gratuitamente”, solía decir.

Tuve con él una relación de 26 años. Los últimos 6 o 7 años, desde que dejara la UCA, seguía ejerciendo su magisterio cada semana –en que lo visitábamos con Guadalupe Ojea- desde su silla de ruedas, cada vez con mayores limitaciones y menos recursos, fue apagándose de a poco.

“Hable ud.”, pedía las últimas veces.

* * *

La amplitud de los temas tratados, autores, épocas, es inmensa. Han quedado registrados cientos de sus cursos, y varios libros en castellano y esloveno. ¿Qué traer a colación en este día?

Se me ocurrió que esta es una oportunidad que obviamente podría servirnos a todos para reflexionar sobre la vida intelectual.

A ese fin propongo un artículo que le publicó la revista *Criterio* en 1956, “La formación intelectual”. El Dr. Komar contaba por ese entonces con 35 años y se refería allí a la importancia de las virtudes cardinales para la vida intelectual. (Como verán me las ingenio para volver sobre la ética)

¡Imagínenlo!, joven, tenía aún casi 50 años de estudio y docencia por delante, reflexionando sobre los hábitos morales que hacen posible una vida intelectual fecunda. “Hay que volver siempre a las primeras intenciones, a las intenciones que nos llevaron a hacer las opciones radicales de nuestra vida.” *Quidquid agis prudenter agis et respice finem*. Solía aconsejar. Volver a la pureza de los ideales de la juventud. Cada tanto releo ese artículo para recordar sus coordenadas que me reubican en esta tarea.

¿Cómo nos forman las virtudes morales para la vida intelectual?

La templanza: Nos hace inmunes a la *curiositas*, a la relación instrumental con el saber en cualquiera de sus formas: saber como dominio de la información, erudición-*broncismo*, búsqueda de novedades intelectuales, tentación de *modisterías*, de usar el saber para impactar. Todas costumbres que llevan a la superficialidad de pensamiento. Sólo entrando en la espesura alcanzamos el verdadero *gaudium veritatis* que es el que únicamente puede colmar al eros filosófico.

Hay que reconocer que sus clases provocaban a menudo ese *gaudium veritatis*. Uno salía verdaderamente «empachado» de la contemplación de esos grandes horizontes. Su pensamiento era muy orientador, en la historia, en el alma humana, en la génesis y derivaciones de constelaciones de ideas filosóficas.

La fortaleza: la verdad es un bien arduo. La fortaleza ayuda a no conformarse con fórmulas fáciles, respuestas inmediatas. Administra nuestras energías para enfrentar la realidad y desechar a menudo hipótesis personales que no conciben con la experiencia, o aceptar que la realidad es mucho más de lo que podemos pensar, sin que por eso claudiquemos, o caigamos en el escepticismo que nos instala en una cómoda inmanencia. El dogmatismo es también una salida cómoda a la dificultad de la búsqueda intelectual.

El dogmático no se apoya en la certeza que le es difícil alcanzar, sino en impostaciones. Se disfraza con camisetas heredadas y tratar de imponérselas a los demás sin haber hecho el esfuerzo de la búsqueda que hace propias las convicciones. La fortaleza nos protege contra el escepticismo y el dogmatismo. Entrar en la morada de la contemplación intelectual es difícil pero vale la pena, y a la hora conveniente no podemos ser tímidos, tenemos que ser capaces de adherir a lo que se nos muestra evidente aunque lo haga con toda la parcialidad que le permite nuestra condición.

La fortaleza también nos empuja a salir de la mala costumbre del monologar. El fuerte no teme al diálogo, porque lo que le interesa es la verdad. Puede medir sus ideas con los demás y llegado el caso modificarlas porque no posee el saber como un objeto que tiene miedo de perder. Prefiere despojarse de mentiras y quedar desnudo a seguir representando una comedia.

La fortaleza entonces nos ayuda a perseverar, es la energía que sostiene la estructura de esperanza del filosofar. Vemos pues cómo están presentes los movimientos pasionales en la vida intelectual, el esquivar, combatir y la paciencia de la fortaleza en función del *gaudium* a que nos habilita la templanza.

También la justicia: La justicia nos inclina a reconocer el mérito de cada pensador. Toda filosofía esconde algo de verdad, es el desarrollo de una intuición primordial que busca manifestarse en un contexto teórico determinado. No existe el error absoluto. Aunque no compartamos muchas de las ideas de un determinado autor, hay en su pensamiento alguna semilla de la verdad que es justo reconocer y con la que nos podemos enriquecer.

La prudencia nos permite poner en tela de juicio nuestros fines inmediatos y evaluar los medios que nos llevan a ellos. Aquí entra un gran tema que es el de la metodología de la investigación. El del logro del equilibrio entre el rigor del método y la espontaneidad vital de la vida intelectual.

Pero todo esto tiene sentido en función del *amor*. Las virtudes son formas de amor ordenado. El amor es el eje alrededor del cual giran los movimientos del ser humano. Y “el bien del objeto amado le imprime un determinado estilo al verdadero amor”. El bien amado por el filósofo es el *Logos* que nos hace *sofós* y es él quien en última instancia da la medida a los ritmos de la vida intelectual.

También menciona allí una serie de virtudes intelectuales propiamente dichas que hay que tener en cuenta: capacidad de observación y de intuición, sentido crítico, mente lógica, rigor analítico, espíritu científico, espíritu histórico, sensibilidad humanista

* *

*

Por último quisiera señalar alguna de sus ideas sobre el trabajo docente: en ocasión de un homenaje a los ochenta años de Tomás Casares, Komar escribió un texto titulado “Para una filosofía de la filiación” (Publicado en *Orden y misterio*, Fraternitas-Emecé, Bs. As., 1996). Allí expresaba lo que implicaba para él la relación maestro-alumno. Alumno, viene del latín y “significa el que se alimenta, el que es alimentado. Proviene del verbo *alo* que quiere decir en primer lugar, hacer vivir, hacer crecer, desarrollar, después, nutrir, alimentar, sostener” y por otro lado *auctoritas* que viene del sustantivo *auctor*, que indica aquel que produce, que hace nacer, al fundador, al autor, al que es causa de algo, al que da el ejemplo o el impulso. La *auctoritas* es propiedad del *auctor*, cuyo nombre proviene del verbo *augere*, que quiere decir aumentar, producir, acrecentar”.

El maestro puede ser una autoridad para el alumno en la medida en que lo ayude a su crecimiento. Si en algo insistía el Dr. Komar era, citando a Newman, que el verdadero desarrollo es desarrollo de lo verdadero. Todo crecimiento es *eidopoeisis*, desarrollo de lo propio. Lo que el maestro hace es ayudar a que el alumno despliegue sus propias capacidades y se pueda parar en sus propios pies. Ironizaba contra aquellos que no querían crecer y decía que padecían el complejo de Peter Pan.

* *

*

Un verdadero homenaje a Komar será el que le hagamos cuando seamos fieles a nosotros mismos y crezcamos de nuestras raíces conforme al orden de desarrollo de la vida intelectual.

Según el director de cine ruso Andrei Tarkovski: “Un genio no se manifiesta en la perfección absoluta de una obra, sino en la fidelidad absoluta a sí mismo, en la consecuencia frente a su propio apasionamiento.” (*Esculpir en el tiempo*, Madrid, Rialp, 1991, p. 76)

Emilio Komar ha sido fiel a sí mismo.
Ahora nos toca a nosotros.

“Hable Ud.”, nos pedía al final de sus días. De eso se trata. Pero de la abundancia del corazón hablan los labios. A esto último quizás debamos apuntar.

Marisa Mosto